

12.º domingo ordinario C

No hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús. (Ga 3,28)



Primera lectura

Zacarías 12,10-11

Esto dice el Señor: – Derramaré sobre la dinastía de David y sobre los habitantes de Jerusalén un espíritu de gracia y de clemencia. Me mirarán a mí, a quien traspasaron, harán llanto como llanto por el hijo único, y llorarán como se llora al primogénito. Aquel día será grande el luto de Jerusalén, como el luto de Hadad-Rimón en el valle de Megiddo.

Segunda lectura

Gálatas 3,26-29

Hermanos y hermanas: Todos sois hijos y hijas de Dios por la fe en Cristo Jesús. Los que os habéis incorporado a Cristo por el bautismo, os habéis revestido de Cristo. Ya no hay distinción entre judíos y gentiles, esclavos y libres, hombres y mujeres, porque todos sois uno en Cristo Jesús. Y si sois de Cristo, sois descendencia de Abrahán y herederos de la promesa.

Evangelio

Lucas 9,18-24

Una vez que Jesús estaba orando solo, en presencia de sus discípulos, les preguntó: – ¿Quién dice la gente que soy yo?

Ellos contestaron: – Unos que Juan el Bautista, otros que Elías, otros dicen que ha vuelto a la vida uno de los antiguos profetas.

El les preguntó: – Y vosotros, ¿quién decís que soy yo?

Pedro tomó la palabra y dijo: – El Mesías de Dios.

El les prohibió terminantemente decírselo a nadie. Y añadió: – El Hijo del hombre tiene que padecer mucho, ser desechado por los ancianos, sumos sacerdotes y letrados, ser ejecutado y resucitar al tercer día.

Y, dirigiéndose a todos, dijo: – El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y se venga conmigo. Pues el que quiera salvar su vida, la perderá; pero el que pierda su vida por mi causa, la salvará.

Meditación

Este relato constituye uno de los pasajes centrales de la tradición cristiana primitiva. Su estructura es relativamente simple: por un lado, se sitúa la opinión de los hombres ante Jesús: los que de fuera le identifican con un viejo profeta; los discípulos, representados en Pedro, le confiesan como el Cristo. Por el otro, se precisa la palabra de Jesús, que se revela a sí mismo como Hijo del Hombre que padece, muere y resucita.

Refiriéndonos a la visión de Jesús como Cristo, debemos distinguir cuidadosamente dos posibles perspectivas:

a) En un plano prepascual, afirmar que Jesús es el Mesías significa situarlo a la luz de la espera de Israel en que se mezclan ideales de conquista universal, sueños de revancha y rasgos de carácter puramente religioso. Es muy probable que Pedro y otros discípulos hayan pensado en un determinado momento que Jesús es el Mesías; su confesión inicialmente valiosa, se ha mostrado, sin embargo, insuficiente.

b) En el plano postpascual sabemos que Pedro ha confesado a Jesús como el Mesías de Israel que ha muerto, que ha sido glorificado por Dios y que está constituido como juez universal de nuestra historia.

Situando nuestro texto en la primera perspectiva, la aclaración significa un rechazo. Pedro le ha seguido porque espera en la gloria de su triunfo; Jesús contesta señalando su camino de fracaso externo. Sin embargo, en un plano de experiencia pascual, la palabra Mesías ha cambiado de sentido; no se refiere al triunfador de la esperanza de Israel, sino a Jesús, que ha muerto y está resucitado.

Sea como fuera, este relato testimonia la tensión que existe entre la idea (la esperanza) de los hombres y la fuerza de Dios, que se revela en Jesucristo. Los hombres sienten la propensión de absolutizar los rasgos victoriosos del Mesías, interpretándole como un Señor que vence en la batalla de la vida y aniquila los poderes enemigos (identificados con nuestros enemigos personales). Sin embargo, Dios manifiesta su presencia a través del camino de fidelidad humana de Jesús; sólo a través de esa fidelidad, en la aceptación del sufrimiento y de la muerte adquiere su sentido la plenitud de la esperanza (es decir, la resurrección).

Desde aquí se entienden los dos títulos capitales de nuestra lectura. Vale el título Mesías en cuanto indica que la historia de los hombres alcanza en Jesús su plenitud. Pero hace falta completarlo a través de la expresión "Hijo del Hombre", que, en este contexto, nos muestra al mismo Dios que ha descendido, se introduce en nuestro caminar y asume el sufrimiento de los hombres, transfigurándolo desde dentro.

Como conclusión podemos indicar:

a) Sólo cuando se unen las perspectivas del Mesías de la esperanza y del Hijo del Hombre que asume el sufrimiento de la historia se logra una imagen válida de Jesús.

b) Por eso, aceptar a Jesús no significa simplemente confesarlo con Pedro como el Mesías; es necesario seguirlo en su camino de fidelidad, en medio del sufrimiento y de la muerte.